

Los colonos cazan también á los caballos salvajes, matándoles á golpes de lanza, y haciéndoles una guerra de destrucción y sin cuartel.

Uno de mis mayores placeres es cazar á caballo. Una vez conocido y dominado el bruto, forma con el jinete un todo compacto. El hombre se trasforma en un ser más perfecto, que corre, vuela, y devora el espacio. Los enemigos del desierto, no son enemigos tan



Manada de cebras

El Sol brillaba espléndido, en un cielo sin nubes, con sus fulgores; una ribera sin igual. El tapiz de verdura que alfombraba el suelo, quemado por el Sol, y polvoriento, ofrece á la vista un espectáculo grandioso y desolador.

Cuando el viento agita el dorado polvo, se forman verdaderas trombas, con siniestros ruidos que estremecen al más valiente.

En esta naturaleza seca, ardiente, en que el agua desaparece y la vegetación se agosta, manadas de caballos y bueyes suelen á veces correr desalados con el cuello tendido en dirección contraria al viento, aspirando con fuerza las brisas.

temibles y disminuyen los peligros. Razón, pues, tienen los habitantes del Paraguay cuando exclaman: «¡Qué sería del hombre sin el caballo!»

El lugar de la escena es un cuadro digno, no de la pluma, sino del pípcel de afamado artista.

Montado en un excelente animal, y en compañía de numerosos cazadores, asistí en el Paraguay á una hermosa montería de caballos salvajes.

Un día de agosto, en una tierra casi árida y seca, bien provistos de agua y de aguardiente, amén de otros viveres, descubrimos una manada de caballos que galopaban desasosegados é intranquilos.

Tres *gauchos*, excelentes tiradores de *lazos* y *bolas*, se separaron del grupo, adelantándose algunos metros.

Los *gauchos*, gente rústica, miserable, que viven en los campos y en contacto con la naturaleza, son indispensables al europeo y americano en estas partidas de caza. Son, además de criados asalariados, cazadores expertos. El problema grave para el cazador es evitar la gente ruin.

Los *gauchos* separaron de la manada tres hermosos caballos, que relincharon con estrépito. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

Los *gauchos* cortaron la retirada á los tres nobles brutos.

Uno de los nuestros, que no era la vez primera que manejaba las *bolas*, disparó la correa, enredando las piernas delanteras de uno de los caballos.

Otros dos cazadores aprisionaron á los dos caballos.

Los *gauchos* bajaron rápidamente de caballo y ataron fuertemente á los pobres animales salvajes.

Entretanto el resto de la piara continuaba galopando y alejándose.

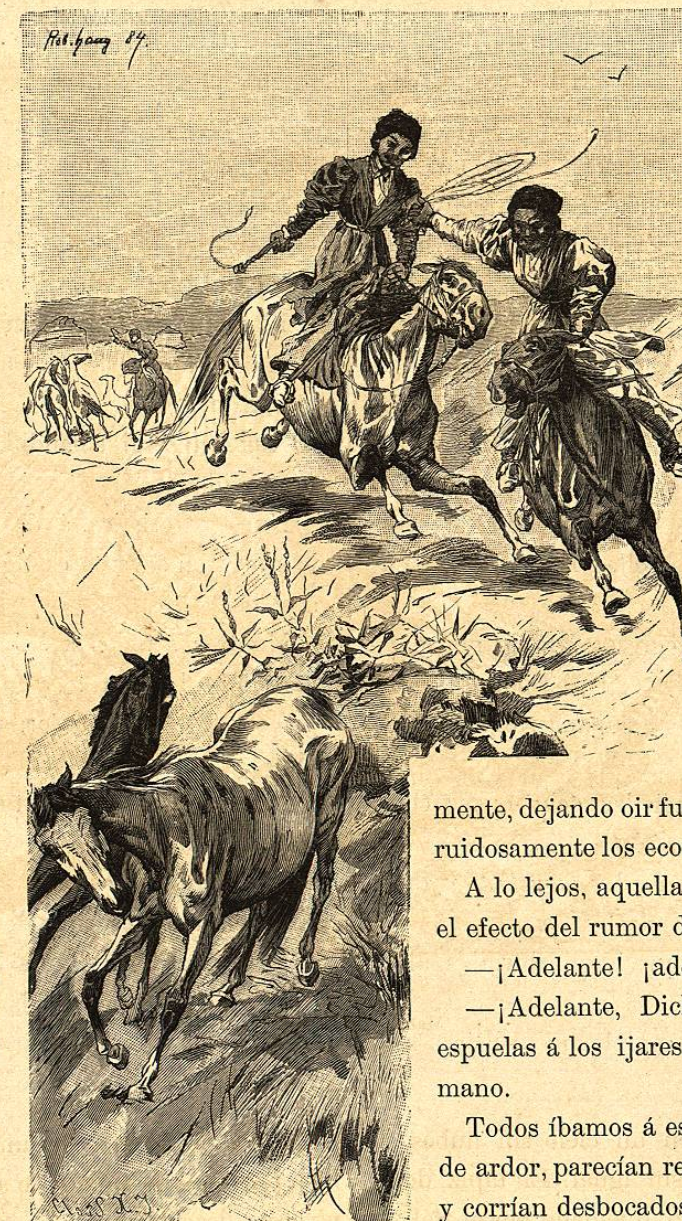
Por lo que toca á mí, embebido en la contemplación de la caza, casi cegados los ojos por el polvo, quedéme con el artificio entre las manos, pero con una impresión rara y extraña, que con mi tosca pluma no acierto á comunicar á mis lectores.

La caza de los caballos salvajes de la América del sud suele ofrecer variadas peripecias y emociones al viajero.

El lugar de la escena donde se realizan las verdaderas monterías de los caballos hállase lejos de poblado, y son protagonistas hombres rudos, semi-salvajes; hombres, por lo general, de mala ralea. Son tan diestros en arrojar el lazo y esgrimir el cuchillo, que la vida del viajero puede, en muchas ocasiones, hallarse seriamente amenazada.

En una de las cacerías estuve á punto de ser víctima de un *gaucho*, hombre de mirada siniestra y desalmado.

Habíamos ajustado, Dick y yo, á cuatro *gauchos*, que junto con nuestros dos criados formábamos una pequeña caravana.



Montería de caballos salvajes

Harto práctico y previsor, ajusté á los *gauchos* por seis días á razón de 8 onzas en oro español.

Habíamos partido de Rosario en dirección á las estepas, bien armados y pertrechados de toda suerte de municiones de boca y guerra.

El viaje fué espléndido, y por doquier Dick y yo nos extasiábamos contemplando las maravillas de aquella naturaleza y los variados matices que ofrece la vegetación rizada por la brisa y herida por los rayos del Sol.

Llegamos sin tropiezos al lugar de las cacerías, vastas y monótonas llanuras donde brotan las yerbas que pacen en libertad piaras de caballos y bueyes.

Tras breve descanso, empezó la montería. Los *gauchos* nos guiaron, dando voces y haciendo útiles advertencias.

Una piara de treinta caballos galopaba velozmente, dejando oír fuertes relinchos, que repercutían ruidosamente los ecos.

A lo lejos, aquella manada de caballos, producía el efecto del rumor del trueno.

—¡Adelante! ¡adelante!—gritaron los *gauchos*.

—¡Adelante, Dick!—repetí yo, apretando las espuelas á los ijares de mi caballo, y aflojando la mano.

Todos íbamos á escape. Nuestros caballos, llenos de ardor, parecían recobrar su primitiva naturaleza, y corrían desbocados por la llanura.

Los *gauchos* más ligeros tomaron la delantera.

La piara de caballos seguía galopando y huyendo llena de terror.

Uno de los *gauchos* llegó, al fin, á poca distancia de la retaguardia de la manada. Lanzó un grito gutural, y disparó la larga y flexible correa rematada por bolas.

El caballo aprisionado dobló los jarretes y cayó arrastrado por el *gaucho*, que siguió galopando breve trecho aún.

Dick quiso parar su caballo; pero, furioso el bruto y enardecido por la carrera, siguió corriendo y dando violentos saltos, disparando, al fin, de la silla, á mi

pobre compañero, que dió con su cuerpo en el suelo.

Acudimos todos presurosos, y hallamos al pobre Dick sudoroso, lleno de sangre y desmayado.

Apliqué á sus labios una vasija de cuero llena de riquísimo *brandy*, y le mojé el rostro con agua. Dick abrió los ojos y lanzó un suspiro.

Registré minuciosamente el cuerpo de mi compañero, y, salvo los desgarros del vestido, hecho jirones, y algunos azulados cardenales, no hallé rotura ni lesión alguna.

—No es nada, amigo Dick,—dije yo.

—Gracias, Campwell,—me contestó, apretando la mano.—Tenéis razón: no es nada. Seguid, seguid la montería,—añadió, señalando á la piara, que huía allá á lo lejos, levantando nubes de polvo, y al caballo aprisionado por el *gaucho*, que hacía vanos esfuerzos para romper sus ligaduras.

—No, amigo mío; mejor es que dejemos esta cacería y regresemos á la ciudad.

Auxiliado por mis criados, levanté á Dick, medio derrengado y lleno de dolores. Fabricamos á toda prisa unas parihuelas, y merced á ellas llegamos á una choza.

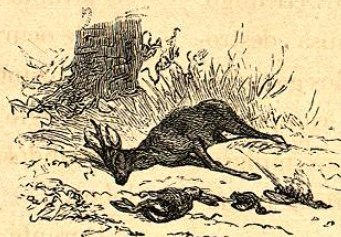
Aliviado Dick, decidimos regresar. Era de noche, y nos hallábamos en el dintel de rústica y pobre choza, cuando llamé á los *gauchos* para satisfacerles su jornal y despedirlos.

—Tomad,—dije,—aquí tenéis las ocho onzas convenidas.

—Está bien,—contestó uno de los *gauchos*; y desapareció, seguido de otro.

Los otros dos *gauchos* permanecieron clavados allí, mudos y silenciosos.

—Ensillad los caballos y marchemos,—dije á los criados.



—Poco á poco, mi amo,—dijo bruscamente uno de los *gauchos*, hombre de elevada talla, forzudo, de poblada barba y siniestra mirada;—no partiréis sin satisfacer antes nuestro salario.

—¿Cómo es eso?—grité yo, colérico.—He pagado, y nada os debo.

—No á nosotros, mi amo,—replicó friamente el *gaucho*.

—¡Ah, viles canallas y ladrones!—grité, empuñando una pistola; y disparé.

El *gaucho*, gruñendo de un modo horrible, apartóse á un lado, recibiendo sólo leve rozadura en el brazo.

El otro *gaucho* apuntaba friamente á mi cabeza, cuando cayó derribado de un hachazo. Uno de nuestros criados me había salvado milagrosamente la vida.

El primer *gaucho*, al ver tendido muerto en el suelo á su compañero, tiró las armas, y gritó que se rendía y pidió perdón.

Aquel miserable bandido mostró tanta bajeza como perversidad.

Nuestros criados, á despecho de nuestras órdenes, le aplicaron severos castigos y le abandonaron molido á palos.

Montamos todos á caballo. Dick repuesto ya, tomando un buen trote, y guiados por un indígena, llegamos, tras algunas jornadas, al término de nuestro viaje.

Así terminó una aventura que á Dick y á mí pudo costarnos la vida.

Hace muy pocos años vi en París algunos *gauchos* que simulaban cacerías de caballos con lazo, llenando de admiración á los parisienses.

Cuando tanto maravilla la pálida copia, júzguese el efecto que ha de producir en el ánimo una cacería en las Pampas, llena de emociones, encantos y peligros.



CAPITULO XVIII

CAZA DEL LOBO, HIENA Y CHACAL



NAUDITAS son las fechorías del lobo, y su caza ofrece grandísimo interés. No es un mero pasatiempo, un ejercicio higiénico: es una necesidad. Es el combate con un terrible enemigo, que causa destrozos en los ganados, en los campos, y produce millares de víctimas humanas.

En épocas de guerras, pestes y hambres, aparecen los lobos á sembrar el

terror en los pueblos y á completar la fiera obra de desolación.

El año 1812, refiere Viardot ⁽¹⁾, un destacamento de ochenta soldados cambiaba de guarnición en el centro de Rusia. Durante la noche fueron atacados por los lobos, y tras un combate horrible fueron los pobres soldados muertos y devorados. Entre los restos informes, desgarrados y fusiles rotos, yacían más de trescientos lobos, muertos á balazos y á la bayoneta. Hoy se levanta una sencilla piedra tumular en el sitio donde ocurrió aquella gran catástrofe.

La historia registra horribles cacerías de los lobos. En el siglo x, durante y después de la invasión de los normandos, Francia entera fué devastada por los lobos.

Durante las guerras del siglo xv, en que los Armagnac, los Burguñones y los ingleses, rivalizaban en sembrar ruinas y sangre en Francia, los lobos llegaron á

(1) *Souvenirs de chasse.*